



## ¿Quién eres Tú.....?

El altar estaba iluminado, bello, ideal.....

Infinidad de luces rodeaban el Sagrario y altos ramos de olorosas flores perfumaban el ambiente.

Era el mes del Sagrado Corazón.

Los fieles iban acudiendo a rendir homenaje de adoración a Jesucristo Sacramentado.

No había allí distinción; pobres y ricos, felices y miserables estaban entremezclados como hermanos de una misma gran familia.

Un sacerdote leía en el púlpito, pausadamente, en voz alta:

*El Corazón de Jesús es Tesoro infinito....*

Fue una mujer hermosa, de virtud heroica; sus ojos eran color de cielo; sus palabras cálidas, ardientes como el fuego; sus labios rojos como el coral: se llamó la Beata María Margarita.

Una noche, entre muchas, se le apareció Jesucristo, radiante como el sol, divinamente hermoso, descubiertas sus llagas, y la llamó a Sí, y la permitió con dignación infinita pegar sus labios en la llaga de su Costado.

¿Qué pasó en el alma de la santa?

No sabe ella misma explicarlo. Jesucristo, infinita bondad, se lo hizo conocer.....

Pero dejemos que ella nos lo diga.

«Me hizo, conocer que su Sagrado Corazón es un Tesoro escondido que no pide sino derramarse y ser distribuido para enriquecer nuestra pobreza.»

Tesoro con que Jesucristo pagó nuestras deudas y nos compró el cie-

lo; tesoro eterno por su duración, infinito en riquezas, tan grande, inmenso, que es imposible a la lengua humana dar a conocer lo que en él se entierra...

Y siguió el sacerdote leyendo con voz todavía más entera, con acento más profundo:

*El Corazón de Jesús es Océano divino donde deben anegarse las almas.*

¡Frase dulce como la miel, sabrosa!

El Corazón de Jesús, el rico tesoro, es grande ¡como el inmenso mar; no, mayor todavía, es océano sin riberas, mar sin orillas, es océano infinito, abismo insondable..

Mas estas palabras son tibias, es floja esta prosa.....; oíd de nuevo a la Bienaventurada María Margarita. «Ala coque: «El Corazón de Jesús es abismo de toda clase de bienes, donde los pobres deben poner sus necesidades, es abismo de alegría donde hemos de anegar todas nuestras tristezas, abismo de humillación para nuestro orgullo, abismo de misericordia para los miserables, abismo de amor en el cual hemos de perder todas nuestras miserias»

Y cesó luego el sacerdote en su lectura.

Una luz tenue, suave, últimos rayos de una tarde que tocaba a su fin, se difundía por el templo.

En el tabernáculo brillaba la Sagrada Hostia refugiando como el sol en el cielo.

El humo del incienso embalsamaba con su fragancia el ambiente.

Los fieles, en religioso silencio, levantaban sus corazones abrasados a Dios: No había nadie que no sintie-

se en el fondo de su alma deseos de ser más perfecto; nadie que no quisiera volar a las regiones del espíritu dó está el inmortal seguro, nadie que no ardiese por reposar en el Corazón abierto de Cristo.....

¡Oh! me pregunté: ¿Quién eres tú, Señor, que de tal manera obras en nuestras almas? ¿Quién eres tu que borras los odios y siembras el amor?

¿Quién eres tú que pones el cielo en nuestros corazones o llevas nuestros corazones al cielo?

¿Quién eres tú, tesoro infinito, divino océano, que das a las almas felicidad y eterno reposo?

—¡Soy el amor!

*Profundidad, abismo impenetrable De grandeza, de gracia y de virtud*

L. Almarcha

## CASOS Y COSAS

En la Cámara francesa hay doce partidos; y dentro de esos partidos unos cuantos grupos que no hay cola que los pegue.

En Yugoslavia, la flamante nación, ha tenido la policia que entrar en el Parlamento y sacar a la viva fuerza a unos cuantos diputados,

En Alemania, aun no se ha formado nuevo Gobierno y ya se habla de que no podía lograr la cohesión necesaria en los partidos para gobernar, y sobrevendría la crisis.

Y luego se queja aún de que vengan las dictaduras..... La carne podrida del liberalismo atrae a los cuervos.

—¿Que Janja está en Estados Unidos?

—No hay que dudarle!  
—¿Con paredes de turrón?  
—Con jornales estupendos que permitan a los obreros tener auto-móvil.

—¿A todos los obreros?  
—Los albañiles, por ejemplo, ganan catorce dolares diarios, que equivalen a unas 85 pesetas: ¡ochenta y cinco pesetas al día! ¿No te parece que esas pesetas hacen pensar en Janja?

—Pero lee esta noticia: «En Estados Unidos hay ocho millones trescientos treinta y un mil obreros parados....»

Si la noticia de esos elevados jornales es cierta y es también cierta la noticia de tanto obrero sin trabajo y la secuela natural de que donde hay poco trabajo hay poco salario, tenemos que en Estados Unidos hay obreros burgueses y obreros pobres y obrero sin pan y que Nueva York es de turrón para los albañiles; mientras los demás Estados son de piedra berroqueña para los otros obreros.

Lo cual nos lleva a una consideración de orden general, y es que no nos debemos dejar deslumbrar por la brillantez de un pueblo. La civilización moderna ha acumulado las riquezas en unos cuantos centros y y en esos centros, todos, o por lo menos, los afortunados de todas las clases sociales, viven espléndidamente; pero salgamos de esos centros o Babilonias modernas y vayamos a las provincias y a los pueblos y a las aldeas y a los campos y en estos la vida es más dura y más pobre....

Tanto más dura y más pobre cuanto más espléndidas las Babilonias, consumidoras de la savia.

La ciudad, la gran ciudad, con la absorción de la vida de los pueblos, con el lujo irritante de todas las manifestaciones del vivir, es el gran mal de los tiempos, presentes; es el cáncer que está royendo las entrañas de las generaciones que se levantan....

¿Y crees tú que esas 85 pesetas de jornal son indicadoras de que Nueva York es Janja?

Todo en esos grandes centros es proporcional.

En la ciudad de los rascacielos y de los multimillonarios, ese obrero

se sentirá alejado de los grandes ritos y humillado por el esplendor del oro.....

Ante un rascacielo se preguntará:  
—¿Y qué hago yo con catorce dolares?

Y ante un multimillonario se dirá también: ¿qué significa este puñado miserable de monedas?

Esas ciudades son Janja desde lejos; pero desde cerca el turrón es pintado.

Dice Andrenio en La Voz que «Calles va a sacar el orden del Caos».

Traducida la afirmación de Andrenio quiere decir, que Calles ha hecho primero el caos y luego del caos sacará el orden. Primero ha hecho una barbaridad o una serie de barbaridades —así será caos— y luego cuando se cansa de hacer barbaridades dirá: Todo el mundo quieto y el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

¡Bah! Andrenio, eso lo hace cualquier salteador de caminos o cualquier perdonavidas; pero eso no es mérito; el mérito estaría en no producir el caos, como está en no saltar los caminos, ni atracar las personas, ni robar....

Que Calles ha producido el caos lo están demostrando las matanzas, los destierros y cinco millones de mejicanos emigrados que hay en Estados Unidos.

Que Calles va a traer el orden lo habrá de demostrar La Voz... Aunque La Voz no es de los periódicos que acostumbran a demostrar lo que dicen.

A. Hernán

## Del natural

—No se canse usted, señora—decía su yerno a D.<sup>a</sup> Tula, viendo que el mal de su suegro no tenía remedio— y si se ha de morir cuando menos lo piense, lo mejor es avisar al cura, cuanto antes, no se vaya como un perro.

—¡Calla! ¡calla!... hereje... ¿Quieres asesinarme?... ¡Bien se conoce que no tienes corazón!... ¡que no eres su sangre!...

—Pues, señor, nada dije... ¡Usted perdonel... Por mí se puede morir cuando quiera y que se lo lleve Pate-ta.

Sancho Ortiz cogió el sombrero y, algún tanto amoscado, porque de na-

da servían sus caritativas presenciones, se fué al casino, donde todos le preguntaban por D. Benito Morales.

—¡Cosa perdida!, ¡cosa perdida!...  
—¿Pero ha sobrevenido algún recargo? —replicó D. Roque.

—¿Y qué más recargo que el que tiene ya auestas, señor? Los médicos dicen que se avizina el segundo ataque y no hay tu tía... que se muere y na la más

—Quizá D. Nicomedes...  
—Ni D. Nicomedes ni D. Cenales resucitan muertos, D. Roque.

—¿Y lo sabe ya la familia?  
—¿Que sí lo sabe?... ¡Mujada zaragata se armó en la casa porque dije yo de avisar al cura, para que no se vaya sin sacramentos! En poco si me saca los ojos mi suegra. ¡Jesús qué barbaridad de mujer!

—¡Ya se ve!... como se quieren tanto...

—¡Una barbaridad!, D. Roque, ¡una barbaridad!

—Pero, hombre, temerán que el pobre se asuste...

—¿Y le parece a usted chico el sustazo que se va a llevar cuando pegue el zarpazo en lo eterno?

\* \*

—¿Qué tienes, hijito mío?—dijo al enfermo su esposa acariciando su mano trémula, que sujetaba con las suyas—. ¿Qué es éso?

—¡Estoy muy malo, Tula! —contestó don Benito, sollozando.

—¿Pero te sientes peor, vidita?... ¿Quieres que llame?...

—¡No, no!... ¡Me están engañando, Tula!... Esto, muy malo y se lo ocultan... me engañan...

—¡Vamos, Bani mío, no me seas tonto! ¿Quién te va a engañar? Si no tienes nada nada... Nada más que una aprensión que te va a matar a ti y a todos nosotros de rechazo... ¿No nos ves a todos tan tranquilos hijito? Lorenzo se fué al casino, lili a la novena de ánimas... y mientras los hijos se van de paseo papá está muy malito... muriéndose... ¡Vamos, hijo, tienes unas cosas!

—¡Me engañan, Tula me engañan! No ves a los niños... ¡qué cara tienen de espanto, los angelitos! No lo pueden disimular.

—¡Y vas a hacer caso de unas criaturas! ¡Claro, como te ven llorar y quejarte así!...

—No importa, Tula, yo me quiero confesar.

D.<sup>a</sup> Tula pensó morirle del susto.  
—Pero ¡qué dices, Beni mío!... ¿Es-  
tás en tu juicio?... ¿Crees que te vas  
a morir?... ¡Je-ús, qué disparate!

—¡Me quiero confesar! —repetía el  
enfermo.

—Pero Benito, ¿qué tienes?... ¿No  
ves que me afijas?... No seas escru-  
puloso, por Dios...

D.<sup>a</sup> Tula sintió escalofríos y re-  
mordimientos, pero le distrajo por  
completo con sus mimos y zalame-  
rias. En cambio su yerno volvió a in-  
sistir en llamar al cura con gran di-  
gusto a su suegra; y su hija no ce-  
saba de recriminar a su madre.

—Digas lo que quieras, mamá, lle-  
va razón Lorenzo; si su mal no tiene  
remedio y él quiere confesarse, ¿por  
qué no se ha de llamar al confesor?

—¡Pero qué falta de sentido com-  
mún, señor, Dios mío!... ¡No estás  
viendo que esas ideas tristes son las  
que le matan!... ¿o es que tienes el co-  
razón de corcho como tu marido?

No os hacéis el cargo de que a per-  
sonas tan escrupulosas como vues-  
tro padre no se puede decir esas co-  
sas de sopetón...

De nuevo entró en la alcoba doña  
Tula, y el enfermo, a quien ya se le  
había pasado el mareo, tomando la  
mano de su mujer estrechábala en-  
tre las suyas, casi cadavéricas, a la  
vez que le decía:

—¡Tula! prométeme una cosa.

—¿Que quieres, Beni mío?

—Que cuando llegue la hora me  
has de avisar, que no he de morir  
sin sacramentos.

—Pero, hijo mío, ¿todavía esta-  
mos con esas? No pienses en ello,  
por Dios!... Si no hay el menor mo-  
tivo.

—¡Ya lo sé!... pero para cuando  
lo haya, digo.

—¿Y crees tú que había yo de de-  
jarte morir sin ese consuelo?... ¡Pues  
no faltaba más!... ¿Qué se diría en el  
pueblo?

—¡Tula en tí confío!... ¡Mira que  
tengo que arreglar muchos asuntos!

—Pues, mira hijo, puedes estar  
tranquilo, que yo te lo prometo. Pero  
prométeme tú también que no has  
de ser escrupuloso ni aprensivo.  
¡Bonita soy yo para esas cosas!....



Al día siguiente y sin decir nada  
a doña Tula, el yerno de D. Benito  
se fue a visitar al párroco y a ente-

rarle del estado de gravedad de su  
suegro.

—No sabía nada —repuso el señor  
cura.— ¡Si me dijo doña Gertrudis  
que el accidente se había pasado y  
que no quedaba peligro alguno!....

—¿Eso ha dicho mi suegra? ¡Qué  
barbaridad! ¿Y cuándo lo ha dicho?...

—No hace tres días. Antes de ayer,  
cuando vino a confesarse por la co-  
munion general de las Madres Cris-  
tianas....

—¡Por vida de las Madres Cristia-  
nas y de las suegras embusteras!...  
Pues sepa usted señor cura, que mi  
suegro está con un pie en la cama y  
otro en la sepultura, y que de esta  
no sale; y a eso vengo, a decírselo a  
usted, porque mi suegra es capaz de  
dejarle morir sin sacramentos por  
no asustarle.

—Ya, ya.... Pues ha de saber usted  
que en treinta y cuatro años que lle-  
ve de párroco, he visto irse muchas  
almas al infierno, gracias al cariño  
de sus parientes.... Lo que no he vis-  
to nunca es que se muera un enfer-  
mo por la impresión que le cause  
recibir los Santos Sacramentos.... Da  
eso no se muere nadie.

No tardó media hora en estar el  
Párroco en casa de D. Benito. Reci-  
bióle doña Tula muy de cumplido, y  
no permitió que viera al enfermo,  
que según decía ella, estaba descan-  
sando.... ¡No era la cosa para tanto!,  
ya estaría ella al cuidado.... En fin  
que la buena señora, constituida en  
perro del hortelano para su marido,  
no consintió que nadie le hablara de  
recibir los Santos Sacramentos por  
temor a darle un susto.

Y sucedió lo que tenía que suceder  
que a media noche le vino un sín-  
cope, perdiendo el conocimiento, y  
aterrados todos los de la familia,  
mientras uno llamaban al señor cu-  
ra y otro al médico, el pobre de don  
Benito entregó su alma a Dios, sin  
tener a nadie que le recomendase  
siquiera el alma.

## Las modas indecentes

La Santidad de Pio XI, en la Au-  
diencia del 26 de Mayo concedida a  
las Señoras e Hijas de María, les ha-  
bló de la modestia en esta forma  
apremiante:

«...Queremos llamar vuestra atención  
vuestra actividad y vuestra genero-  
sidad sobre un asunto que nos pre-

ocupa hondamente; en este punto  
todas debéis renovar vuestras reso-  
luciones. Esto se lo pedimos a las de  
más avanzada edad y a las más jóve-  
nes...

...A todas Hijas mías: Nos os peti-  
mos que escuchéis el llamamiento  
que ahora os hacemos y que nos  
ayudéis en esta cruzada santa em-  
prendida en favor de la modestia  
cristiana. Vosotras lo veis y lo sentís.  
Si con tanta seguridad os dirigimos  
este llamamiento, es porque *Conta-  
mos con vosotras como un padre con  
sus hijas.*

Nos, vemos desde este momento a  
vosotras, a vuestras compañeras y  
amigas emprender, numerosísimas y  
admirablemente pertrechadas, esa  
nueva lucha. ¡Qué magníficos resul-  
tados se obtendrían si todas las  
Hijas de María se consagrasen a esta  
Cruzada!... Sea, pues, el propósito  
de estas solemnidades el llevar muy  
alto el estandarte de la modestia;  
*sois nuestra esperanza...*

Os damos la Bendición Apostólica  
para fortalecer vuestras resoluciones  
y la promesa de mostraros dignas de  
la educación que recibisteis, *sin de-  
bilidad y sin ostentación...*»

### Y hablando a la Unión

#### Femenina Católica

Condenó enérgicamente la falta de  
decoro en el vestir y el escándalo que  
tal abuso produce.

Aprobó que la Unión Femenina  
Católica haya incluido expresamente  
este punto en su programa de acción.

«Con ello, no tan sólo cumplirán  
el deber de no ser personalmente  
motivo de escándalo, sino que mos-  
strarán haber comprendido la necesi-  
dad de dar ejemplo de honestidad,  
así en el interior de su hogar como  
en medio de las calles y plazas públi-  
cas.

Importa que las mujeres católicas  
se consideren obligadas además de  
sudeber individual, por un deber de  
acción colectiva y social. Quisiéramos  
que las de aquí reunidas forma-  
sen una liga para combatir las mo-  
das indecentes, no solamente entre  
sí mismas, sino en cuanto pueda  
abarcarse la acción de sus familias y  
de cuantas personas se relacionen  
con éstas.

Sería superfluo decir que una

buena madre no debe permitir a sus hijas que adopten cualquier moda menos honesta; más no es superfluo añadir que una señora tanto más cuanto más alta sea su posición social, tiene el deber estricto de no tolerar que le visite una persona que no vista honestamente.»

## La Dama de los cien espejos

Cierta joven  
Currutaca,  
Que una Venus  
Se juzgaba,  
Mandó un día  
De gran gala,  
Que un espejo  
Le comparan.  
«¡Voy!—responde  
La criada—  
Más ligera  
Que una garza.»  
Al instante  
Vuelve a casa,  
De su compra  
Muy ufana.  
Y el objeto  
De sus ansias  
Pone en manos  
De la Dama.  
—«¡Bién, probemos  
esta alhaja!»—  
Y al espejo  
Dió su estampa:  
(Es la Bella,  
Coreobada,  
Ojos bizeos,  
Nariz chata,  
Hacia el cie'o  
Remangada;  
Color pardo  
De castaña;  
Con los dientes  
Como palas,  
Que a sus labios  
Asomaban;  
Frente oscura  
Y aplastada,  
Y el cabello  
Como pasas.)  
—¡Uy! que rostro  
De fantasma  
Hace—grita  
Consternada.

¡Tras! al suelo  
Me lo lanza;  
Hecho queda  
Mil migajas.  
—¡Traeme otro!—  
Dice a Paca;  
Pero date  
Mejor traza,  
Que esta compra  
Salió mala—  
Y otro y otro  
Le mercara.....  
Hasta ciento.  
Pero ¡nada!  
Todos tienen  
Igual falta.  
Y con tanto  
Venga y vaya  
Ya se amosca  
La muchacha:  
—¡No se canse  
Doña Urraca!—  
Grita al cabo  
La taimada.  
«Los espejos  
No la ultrajan,  
Y el tirarlos  
Es bobada.  
¡Rompa, rompa  
Con su caral  
Que es en ello  
La culpada.  
Esas lunas  
La retratan  
Lo mismito  
Que la hallan»  
—¡«Picarona!  
¡Deslenguada!  
¡Vete al punto  
De mi casa!»  
—«Agur prenda  
Voy de marcha»  
—«Vaya mucho  
Noramala.»  
—  
Las verdades  
¡Cómo amargan  
A los necios  
Que se ensalzan!

## ERA VALIENTE

Una vez me encontré con un león  
—dijo un explorador africano.— Y  
como no tenía armas de ninguna cla-  
se, apelé a un recurso supremo: me  
senté y lo miré fijamente.  
—¿Y qué?  
— Me fué perfectamente. El león  
me miró también y se fué.

—¡Qué raro! ¿y por qué sería?  
—Ya verá usted—repuso el explo-  
rador.—Sería porque me senté... en  
la rama de un árbol muy alto.

Muchos hombres que a sí mismos  
han llegado a conocerse.  
no se quitan la careta  
ni en las ansias de la muerte.

# OBRAS

de

D. Adolfo Clavara

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Esta obra impresa en tomos de  
200 páginas cada uno, en papel Ver-  
gé, tamaño 8.º prolongado, con boni-  
tos y elegantes tipos, magníficos gra-  
bados y el retrato del autor, se halla  
de venta en las principales librerías  
al precio de 1'75 pesetas el tomo,  
franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no  
certificados—A los señores libreros,  
condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su  
importe, a la Administración de «LA  
LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

## La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto  
difundir gratis entre el pueblo la sa-  
na lectura moral y religiosa presen-  
tándose bajo formas amenas y lige-  
ras para que se propague más facil-  
mente.

La suscripción se hace por accio-  
nes, medias acciones, cuartos y oct-  
avos de acción.

Cada acción da derecho a recibir  
cien ejemplares de cada número o  
sea doscientos periódicos al mes, que  
el accionista reparte por sí entre sus  
criados, colono, operarios feligre-  
ses, etc. o manda distribuir por las  
aldeas, huertas, caseríos, fábricas,  
escuelas establecimientos y otros  
centros:

### Precio de suscripción directa

Una acción...	4 peseta mensual
Media id.....	2 »
Un cuarto id.	1 »
Un octavo id.	0'50 »

Dirigir la correspondencia a don  
Diego Castaño, administrador de  
LA LECTURA POPULAR, Bellot, 3, Ori-  
huela, (Alicante).

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orihuela.